

Pero, ¡Dios mío! morir antes de haberte visto, de haberte estrechado entre mis brazos una última vez, sería un castigo espantoso que el cielo no me enviará jamás, porque creo no haberle ofendido de una manera tan atroz.

¡Oh! ven pronto, mi Fernando, porque llorando te espera

CLEMENCIA.”

Las demás cartas eran anteriores á ésta; porque después la niña sólo había vuelto á escribir otra, por ese sentimiento de delicadeza y abnegación sublimes, de que hemos hablado.

Fernando acabó de arreglar las otras cartas de su padre y todos los objetos para encerrarlos en su maleta de viaje.

Después salió para hacer llegar las cartas á su destino y no volvió á su habitación hasta bien entrada la noche.



CAPITULO XX

EN JALAPA

Jalapa es el Edén de ese Edén que se llama México.

Figuraos, los que no la habéis visto una beldad con la frente coronada de flores y reclinada sobre un lecho de rosas, á la falda de un cerro que se llama el “Macuiltepec,” ceñida y refrescada por un río, que después de haberla acariciado con suave rumor, va á abismarse en el mar bajo el nombre de río de la Antigua.

Figuraos una ciudad donde en todas partes nacen flores que adormecen y embalsaman con su blandísimo perfume: donde acarician los oídos y estremecen las fibras del corazón, músicas de arpa ó de un instrumento pequeñito y vibra-

dor, que se llama "requinto:" donde hay mujeres hermosas con una hermosura popular en todo México: donde cada amor es un idilio de Homero, ó una confidencia de Lamartine: cada conversación un proyecto de fiesta, cada fiesta un concierto del cielo.

Figuráosla con sus casas de un piso, pintadas alegremente de blanco y adornadas con amplias ventanas, que á su vez adornan grupos de jóvenes aseadas, hermosas, alegres como una bandada de esas aves que tanto abundan en sus bosques y se llaman "Clarín de la selva:" con sus jardines en que se cultivan las flores y los frutos de más hermoso color, más suave perfume ó más exquisito sabor del Nuevo Mundo, desde la rosa reina, hasta esa pequeñita que cubre las paredes con un tapiz: desde el árbol gigante del "xenicuitl," hasta los grupos enanos de moreras silvestres; desde el "xochil," hasta la campánula y la madre-selva: desde el ancho y hojoso platanar hasta el naranjo pequeño.

Figuráosla con sus cañadas de Pacho y Tatahuicapa, en que se respira brisa de liquidámbar, con su camino de "Coatepec," que es una calzada no interrumpida de naranjos en flor, que embriagan los sentidos al embalsamar el ambiente, de yedras, moreras, platanares y limos, y á cuyo fin se encuentra un pueblecillo,

el comercio de cuyos habitantes consiste en frutos y flores.

Figuráosla con su dique, que contiene una mole inmensa de agua que se contempla desde un puente, caer despeñada rugiendo y formando al chocarse abundantes copos de blanquísima espuma, remedo del mar, y en el que algunos años se han lanzado botes, en los que atravesaba su extensión una juventud de ambos sexos, coronada de flores, alegrando el ambiente con sus voces y haciendo vibrar la tibia brisa de la tarde, con los acentos de una música alegre aunque melancólica.

Figuráosla durante la media noche, cuando á la modesta luz de la luna, recorre las calles una turba alegre de jóvenes, que aprovechando ese dulce privilegio de la juventud, entonan alegres serenatas al pie de los balcones ó junto á las ventanas de su adorada: serenatas en que forman un dulce concierto, vihuelas de todas dimensiones, y flautas que á medida que van decreciendo en volumen, van produciendo sonidos más agudos y más alegres.

Figuráosla con sus comitivas que durante las tardes se dirigen á la sombría y perfumada cañada de "Pacho," después de haber atravesado una extensa y verde llanura, que se llama de "Los Berros," para hacer frugales meriendas, en que más se baila y se canta que se come.

Porque sus habitantes tienen ese dulce privilegio de una sencilla alegría, que sólo muere con ellos.

Pensad cuán grata sorpresa experimentaréis cuando después de haber atravesado esas estériles y ardientes llanuras que semejan los desiertos de Arabia, y se encuentran en el camino que á ella conduce desde Veracruz, cuando os sentíais ahogar por la sed, abrasar por los rayos solares, comenzáis á sentir que un bienestar se difunde por vuestro cuerpo, que vuestros labios se humedecen.

Es que habéis cambiado bruscamente de temperatura.

Es que habéis pasado del infierno al paraíso.

Es que estáis en Jalapa.

O bien, acabáis de atravesar un país montañoso, cubierto desigualmente por una erupción volcánica, donde sólo crecen algunos arbustos escasos de triste y mezquino aspecto, y azota dolorosamente vuestro rostro, helando vuestros miembros, el viento desigual é inclemente del Cofre de Perote, comenzáis á descender notable y repentinamente al llegar á "San Miguel del Soldado;" tendéis la mirada y veis allá abajo, medio oculta entre las quebradas del camino, ceñida de huertas y jardines, con su blanco y alegre caserío, una ciudad, que cual nueva Venus, parece que está naciendo de un océano de flores.

Es Jalapa, la de las bellas mujeres, la de las alegres músicas.

Es Jalapa, la querida de los gobiernos, y la cual han protegido los emperadores indios, los virreyes españoles y los presidentes mexicanos, acantonando allí sus tropas.

Es Jalapa, todavía embellecida por los versos de un hombre de genio, de un poeta que la muerte arrebató joven, porque era desgraciado y no le dejó ni el consuelo de dormir su último sueño cerca de los que amó; porque fué á pedir una tumba á otro país inclemente.

Era mi padre, J. J. Díaz.

Era mi padre, su poeta más querido, aquel cuyos romances todavía se recitan en el hogar, cuyos versos todavía se cantan en las noches de luna, ó en las reuniones populares.

Era mi padre, cuyos últimos días amargaron las vicisitudes políticas; pero que murió bendiciendo su bendito suelo.

Este es Jalapa en 1857 y este era Jalapa en 1812.

A esta ciudad fué transportada, una tarde tristísima de otoño, una joven que se moría é iba á buscar la vida en su pura atmósfera.

Era Clemencia.

Su mal había ido creciendo lentamente de día en día, y el Doctor, desgraciado médico, impotente para luchar con ne-

dicinas contra la naturaleza, se volvía á esa naturaleza buscando en ella la medicina para su hija, que se moría.

El Doctor se propuso luchar con todas sus fuerzas, hasta dominarle ó morir con aquel mal terrible, que envenenaba la existencia de su hija.

Hizo arreglar una primorosa casita de un piso, con un hermoso jardín, situada casi fuera de la ciudad, hacia el barrio de Santiago: transportó á ella todos los objetos de Clemencia y la puso en las condiciones mejores para que la habitase un enfermo.

La habitación de su hija, contigua á la suya, era una pieza de alegres pinturas y agradable aspecto, que recibía luz y sol por una ventana lateral que daba inmediatamente al jardín, hasta donde llegaba el perfume de los azahares, los nardos y las rosas, y desde donde se podían contemplar los árboles con su verde follaje, las flores con sus lindos colores, el cielo con su azul.

En esta pieza, pues, volvemos á encontrar á Clemencia, ¡pero qué cambiada, Dios mío!

Ya no es aquella niña alegre que corría por su jardín para cortar á Fernandito las más hermosas flores.

Dos años y la enfermedad han cambiado notablemente su fisonomía, dando á su rostro una expresión de tristeza, de

languidez, de sufrimiento, que hace llorar al que otros días la ha contemplado.

Estaba afectada en último grado de una enfermedad que los médicos llaman "clorosis," complicada además con una grave afección en el pecho.

Consiste esta enfermedad, ó estado general morboso de la constitución, en una disminución tan notable de la masa de la sangre, que al abrir después de la muerte los vasos que habitualmente contienen este líquido, se les encuentra casi vacíos ó llenos de otro líquido acuoso, casi incoloro.

Durante la vida se manifiesta por una palidez profunda de la piel, del interior de los labios, de la membrana interna de los párpados.

Se experimentan fuertes palpitaciones, síncope, desmayos; los ojos son heridos vivamente por la luz solar, ó experimentan deslumbramientos de objetos en acuerdo con el estado moral del individuo: Los oídos escuchan ruidos sordos y monótonos.

El apetito se pierde casi siempre.

Si se aplica el oído á las arterias, pero más particularmente á las del cuello, se escucha un ruido particular, un soplo, una especie de canto triste y monótono, que se llama "canto de las arterias," y que depende, probablemente, del choque

desigual que la columna de sangre disminuida ejerce contra las paredes de los vasos que la contienen.

El corazón, sin embargo, no presenta nada de notable; pero los demás órganos del pecho se afectan orgánicamente casi siempre.

El fierro, naturalmente contenido en la sangre, ha disminuído, y esto explica la transformación acuosa de este líquido.

Acontece primeramente, por una predisposición individual particular, un estado de la constitución.

Otras veces, por abundantes pérdidas de sangre, por pesadumbres repetidas, por un estado contemplativo del individuo, en el cual predomina generalmente el temperamento nervioso muy delicado y muy sensible.

Se procura en el tratamiento destruir las enfermedades esenciales que la clorosis complica, restituir á la sangre la substancia ferruginosa que ha perdido, ó aumentar su masa, para lo cual algunas veces se ha ocurrido á la transfusión en los vasos, de la sangre de otro individuo.

¡Recurso supremo, en el que sólo una madre ó un sér que nos ame con toda su vida, puede darnos ese jugo purísimo de la juventud!

Hemos dicho que la fisonomía de Clemencia había cambiado notablemente; pero sin dejar por eso de ser menos her-

mosa; pero era una hermosura de un tipo diferente; dos años antes era la de la Virgen de Murillo: ahora era la de esa misma Virgen al pie de la cruz.

Una profunda palidez cubría completamente su rostro, haciéndola semejar una estatua de marfil: sus venas se dibujaban debajo de la piel, como si ésta se hubiese hecho transparente; sus labios estaban blancos completamente, lo mismo que sus manos; su corazón se oía latir levantando la tabla anterior del pecho, como si la sangre al huir de las extremidades se hubiese acumulado en este órgano de la vida: un círculo sombrío rodeaba sus ojos, que lanzaban una mirada ardiente, febril por decirlo así, como si en ellos se hubiese concentrado todo el fuego de la pasión que la consumía: sus cabellos castaños caían formando dos bandas y circunscribiendo el óvalo de cara más perfecto y de más doliente expresión que se pudiera contemplar.

Su voz había tomado ese timbre particular, casi metálico, que revela un profundo desarreglo en los órganos de la respiración, pero templada su aspereza por el acento de triste dulzura, que el dolor y la resignación le daban.

Su cuartito que decoraban los mismos muebles que ya conocemos, estaba cuidadosamente cerrado por el Doctor, á fin de no dejar acceso al aire frío.

El lecho con cortinaje blanco en un rincón, el piano en otro, la mesa cubierta de ramos de flores todos los días renovadas, en medio el sillón en que la joven pasaba sentada la mayor parte de las horas del día frente á la ventana, cuya vidriera, herméticamente cerrada, dejaba penetrar, sin embargo, un rayo benéfico de sol y desde donde se veía el jardín con sus flores, sus árboles y sus alegres aves.

Serían las once de la mañana, cuando Clemencia, que estaba sentada en ese sillón, leyendo absorta una de las primeras novelas de Lord Byron, que acababa de aparecer, y que el Doctor se había procurado con trabajos, levantó la cabeza y la volvió hacia atrás, al ruido de una puerta que se abría.

Una persona se acercó de puntillas.

Era el Doctor.

Al contemplar la fisonomía de la joven, el buen Doctor no pudo menos de dejar pasar por su frente una sombra de tristeza profunda; pero trató de disimular su emoción yendo á tomar una silla, en la que se sentó cerca de su hija, tomando sus pálidas y descarnadas manos entre las suyas, á la vez que preguntaba con afectuoso acento:

—¡Buenos días, hija mía!; ¿cómo te sientes?

—Lo mismo que siempre, ¡padre mío!;

esta fatiga en el pecho me impide respirar, respondió Clemencia.

—¿Pero por qué te has levantado hoy, y además tan temprano? ¿mo te había dicho ayer que no salieses de la cama?, dijo el Doctor sin poder disimular la impaciencia que sentía, al ver el funesto estado de su hija, á quien veía morir entre sus manos, saliendo vencido, él que representaba la ciencia, por la muerte, después de haber luchado como un gigante.

—Estaba tan bella la mañana, tenía tanto deseo de ver el jardín, de respirar el aire puro, de vivir, que he creído que me moriría quedándome en la cama, respondió Clemencia con un acento que era una disculpa, y era al mismo tiempo una queja, acaso la primera que su enfermedad le arrancaba.

—Pero ¿no ves, ¡alma mía!, que el frío te hace tanto mal y que los días que permaneces en la cama estás mucho mejor del pecho?

—Es cierto; pero.....

Y Clemencia no pudo continuar, porque un acceso violento de tos, que le acometió, ahogó su voz: Llevó su blanco pañuelo á su boca y le retiró completamente teñido en sangre.

Quiso ocultar esta acción á su padre; pero ya era tarde.

El padre iba á lanzar un grito que se

ahogó en su garganta; pero el médico pudo ocultar su emoción á la enferma.

Los dos permanecieron un momento silenciosos.

—Conque te volverás á la cama ahora mismo, ¡hija mía! ¿no es verdad? Ya ves que el día está demasiado frío y esos accesos de tos lastiman mucho tu pecho, dijo el Doctor al cabo de un momento de doloroso silencio.

—Sí, señor, le obedeceré á usted; pero antes quisiera pedirle una gracia, dijo Clemencia con ese acento que usan los niños para hablar á sus padres cuando quieren obtener de ellos una licencia ó el cumplimiento de un deseo infantil.

—¿Una gracia, hija mía?

—Sí, señor, y muy grande.

—Pero, ¿qué puede ser, ¡hija mía!, que yo no te conceda, si es cosa que está en mi poder?

—Sin embargo, papá, pudiera ser que me la negara usted.

—¿Pero qué es una cosa tan grande ó tan imposible?

—Para mí, ni lo uno ni lo otro tiene; pero como usted es tan severo cuando está uno enfermo, temo que....

—¡Ah! ya comprendo, es una cosa que tiene relación con la enfermedad, dijo el Doctor sonriéndose.

—Precisamente.

—Está bien, pues veamos, y si es posible....

—¡Oh! no, entonces ni lo digo, porque antes de saber qué cosa es, ya lo está usted poniendo en duda.

—¿Pero no ves, niña, que puede ser una cosa que te haga mal y entonces...?

—¡Oh! no será muy grande el mal que me haga, y sin embargo, experimentaría tanta satisfacción, que yo si fuese médico y me pidiese usted una cosa tan sencilla y que tanto deseaba, no se la negaría.

—Ya se ve; pero bien, ¿dime por fin lo que quieres? puede ser que en vista de ese deseo tan grande que manifiestas, te lo conceda yo.

—¿Me lo jura usted?

—¡Oh! no, tanto no puedo hacer antes de saber.

—¿Me lo promete usted?

—Es decir, sí y no.... según.

—Ya ve usted que es lo único que de he pedido durante mi enfermedad, dijo Clemencia con angustioso acento.

—Está bien, te lo prometo, di....

—Quisiera, antes de meterme acaso para siempre en la cama, ver por última vez mi rosalito, que he hecho traer desde San Roque y que está ahora en el jardín, dijo por fin Clemencia, ruborizándose, como si el temor de una repulsa, ó el placer de una concesión, hubiesen hecho afluir á su rostro la sangre que se agolpaba en su corazón.

—¡Imposible!,—dijo el Doctor poniéndose de pie:—imposible es que tú recibas el viento frío del jardín.

Clemencia guardó silencio; una lágrima apareció en sus ojos y rodó silenciosamente á lo largo de sus mejillas, que otra vez habían vuelto á su estado habitual de palidez.

El Doctor se paseaba agitado por la estancia.

—¿No ves que una locura de esas puede ponerte más mala?, dijo por fin acercándose al sillón en que permanecía su hija, resignada y silenciosa.

El Doctor comenzó á capitular.

Clemencia lo comprendió, porque dijo:

—Sin embargo, ¡hubiera hecho tanto bien á mi alma la satisfacción de ese deseo!

—Pero vamos, ¡no seas niña, Clemencia! dime, ¿por qué me pides una cosa que sabes te hace tanto mal, y porque no te lo concedo te pones tan triste, que me vas á hacer ceder? y no, no, porque entonces yo tendré la culpa de lo que te suceda, dijo el Doctor cediendo más y más.

—No, señor: si cree usted que me haga tanto daño, no me lo conceda.

—Mira, no creas que es por mortificarte, la mañana está muy fría y el viento, el fuerte aroma de las flores, te van á hacer tanta impresión, á ti, que

estás tan delicada, que esta tarde te entrará la calentura más temprano que ayer y los días anteriores, continuó el Doctor, contradiciéndose como un niño que en vano quiere ocultar lo que va á ejecutar.

—Está bien, entonces ni hablemos más de ello, padre mío, dijo Clemencia con triste acento.

—¡Oh! pero si también ni me ruegas, ¿cómo quieres que yo ceda? ¡mi niña! vamos al jardín, al fin, como siempre has hecho de mí lo que has querido, exclamó el Doctor sollozando casi como un niño.

Hacia treinta años que aquel hombre de hierro, luchaba como un gigante contra todos los sufrimientos, todos los dolores físicos y morales, todas las pasiones en el estado en que el hombre no se toma la pena de ocultarlas, venciendo siempre; y ahora cuando más necesitaba de sus fuerzas para luchar, cuando habría dado toda su vida pasada en el servicio de la humanidad para salir vencedor, se encontraba impotente, débil, anonadado ante las terribles é invariables leyes de la naturaleza.

—¡Oh! ¡mil gracias, padre mío!—exclamaba Clemencia con tierna efusión— ¡mil gracias! ¡me acaba usted de dar la última prueba del inmenso cariño que me profesa!

—Pero ¿me prometerás que estaremos sólo un momento en el jardín y que volverás inmediatamente á la cama?, dijo el Doctor procurando sacar el mejor partido posible de su derrota.

—Se lo juro á usted, sólo un momento delante de mi rosal, y después á la cama.

—Pues deja antes que te abrigue, dijo el Doctor, trayendo á su hija una gorrita inglesa con que cubrió su cabeza, y un tápalo grueso de lana, color de cereza, con que la envolvió cuidadosamente

—Ya estoy, papá.

—Ahora los guantes.

—Ya me los he puesto.

—Ahora antes de salir, toma una cucharada de este jarabe de Kermes y una de tus píldoras de fierro, continuó el Doctor corriendo de un extremo á otro de la habitación.

Ya ves que el jarabe te calma tanto la tos.

Clemencia hizo lo que se le mandaba.

—Ahora apóyate en el brazo de tu padre, que es un consentidor, que no está bueno para médico, dijo el buen Doctor, presentando cariñosamente el brazo á su hija.

Clemencia se apoyó en él y ambos salieron de la habitación.

Eran cerca de las doce: el jardín estaba un poco triste, porque corrían los úl-

timos días del mes de septiembre, y la lluvia había arrancado al pasar algunas flores demasiado delicadas para sufrir indiferentes su enojo; pero sin embargo, los rosales estaban cubiertos de flores, los xóchiles, los nardos, los jazmines, las mosquetas, esparcían una aroma que aun á otra cabeza más fuerte que la de la enferma, habrían causado mareos.

¡Muy triste debió de presentarse el jardín á los ojos de Clemencia, que acaso lo veían por la última vez: muy tristes debieron ser los pensamientos que cruzaron por su imaginación calenturienta, cuando por sus mejillas pálidas corrieron dos lágrimas, que fueron silenciosas á mojar una de las flores de un rosal junto al cual la joven se había detenido apoyada en el brazo de su padre.

Era un rosal pequeño, porque debía ser muy nuevo todavía, según la flexible blandura de su tallo y el vivo color de sus hojas: estaba cubierto completamente de flores casi en botón todavía, que sólo se entreabrían para suspirar un aliento suave y embriagador.

Lo mecía con blanda oscilación la brisa: cerca de él giraba un colibrí, que anhelaba libar su dulce miel, y que maldecía en su interior al importuno que le impedía acercarse.

¡Ay! el ave no sabía que para un corazón, ese rosal era un libro y esas flores

las páginas en que estaba escrita toda una historia de amor, de recuerdos, de lágrimas; historia que un moribundo leía por la última vez.

¡Dolorísima, como de amor sin esperanza, debía ser esa historia, porque los ojos de Clemencia, que estaban fijos en una flor que del rosal había arrancado, velaron su mirada con lágrimas!

Al verla llorar, se hubiera podido decir con un poeta mexicano:

¡Pobre mujer! tus lágrimas enjuga;
¿A qué verterlas en inútil llanto
Si al fin el hombre á quien adoras tanto
Indiferente y sin piedad las ve?....

Y al verla morir tan joven, exclamar con Lamartine:

¡C'est bientot pour mourir!

Porque las mujeres son flores que abren dulcemente su corola á las brisas del amor; pero se agostan al viento del desengaño.

—¡Vaya! ¡hija mía! ya has cumplido tu gusto y tiempo es de que volvamos á tu aposento, dijo en tono dulce el Doctor, al cabo de un rato de doloroso silencio.

Clemencia no respondió: de sus ojos se desprendieron raudales de lágrimas y

ocultó su cabeza en el pecho de su padre sollozando dolorosamente.

El anciano la estrechó contra su corazón, y no pudiendo ya disimular por mas tiempo su emoción, estalló su dolor en angustiosos gemidos.

Padre é hija se abrazaron confundiendo sus lágrimas.

¡Era un espectáculo que despedazaba el corazón, el de aquel anciano y aquella joven abrazados llorando en medio de un jardín, en que cantaban alegres y vocingleras aves, en que se estremecían de placer al beso del ambiente las flores, en que murmuraban dulcemente las fuentes, en que el sol lanzaba sus rayos más hermosos!.....

¡Era una ironía tanto dolor en medio de una naturaleza tan risueña, que parecía convidar á la vida, á la alegría, al movimiento, que parecía no haber escuchado nunca más que cantos de amor, en vez de gemidos de pesadumbre!

¡Eran un padre y una hija, despidiéndose para la eternidad!

El uno, infeliz médico, veía morir á su hija entre sus brazos, luchando por detener las leyes de una naturaleza invariable, sintiéndose vencido, cuando habría dado toda su vida por salir vencedor.

Filósofo, comprendía la causa del dolor de su enferma.

Padre, perdonaba á su hija y la bendecía al dintel de la tumba.

La otra, sentía la muerte irse apoderando de su sér, y al morir su cuerpo, despertaba más ardiente en su alma su amor: pero se veía olvidada, abandonada por el que amó, y le consagraba sin embargo, sus últimas lágrimas, sus últimos suspiros, la agonía de su pensamiento, que al girar sobre su pasión imposible, sobre su cariño sin esperanza, había llegado á ser un castigo para ella.

Lanzaba su postrer y lastimero ¡adiós! á aquel rosal, que en otros días, cuando tenía el consuelo de esperar, había sido un talismán misterioso de su amor, un relicario de sus recuerdos, de sus delirios, de sus esperanzas, y ahora sólo era la dulce perspectiva de una felicidad desvanecida para siempre, de una ilusión tan falsa, que se disipó como un sueño.

Amante, perdonaba aún y olvidaba su abandono.

Desgraciada, vertía las últimas lágrimas de despedida á un amor que fué su gloria.

Derrepente, Clemencia se desvaneció, sintió faltar la tierra bajo sus pies y arrancándose de los brazos de su padre, cayó aplomada y perdido el conocimiento.

Tanta luz, tanto perfume y el exceso de su emoción, habían agotado sus fuerzas y la habían desmayado.

El Doctor se apresuró á cubrirla, la tomó entre sus brazos como si fuera un

niño dormido y corrió con ella á su habitación, depositándola sobre su lecho.

—Y ahora,—murmuró casi llorando el Doctor, cuando Clemencia hubo vuelto en sí,—ahora, se ha acostado para no volverse á levantar más.

